



Carney: fin del orden occidental, Europa y Canadá son ahora “Tercer Mundo”. Por Uriel Araujo

Posted on Enero 24, 2026

El primer ministro de Canadá reconoció abiertamente en Davos que las normas globales ya no rigen los asuntos mundiales. Con Europa y Canadá enfrentando abiertamente presiones que antes estaban reservadas al Sur Global, la atención se centra en los BRICS y otros marcos alternativos ante la extralimitación de Estados Unidos.

Por Uriel Araujo

El primer ministro de Canadá, Mark Carney, pronunció lo que bien podría considerarse uno de los discursos más reveladores jamás pronunciados en el Foro Económico Mundial de Davos. Con una franqueza inusual, Carney admitió que el llamado “orden internacional basado en normas” no solo se ha debilitado, sino que prácticamente se ha derrumbado, insistiendo en que nos encontramos “en medio de una ruptura, no de una transición”.

Viniendo del jefe de gobierno de un aliado leal de EE. UU., esta admisión es importante. Indica que una ficción sostenida durante mucho tiempo por el ritual diplomático finalmente ha agotado su utilidad.

Con Estados Unidos en mente, Carney argumentó que las grandes potencias han instrumentalizado cada vez más la integración económica. Los aranceles, la coerción financiera, los regímenes de sanciones y las frágiles cadenas de suministro se han convertido en herramientas del arte de gobernar, exponiendo así los límites de la globalización extrema. Gran parte del discurso podría haber sido pronunciado por cualquier líder del Sur Global, y sin embargo, este diagnóstico fue parcialmente compartido por otros líderes occidentales en Davos, quienes reconocieron el desvanecimiento de las normas posteriores a la Segunda Guerra Mundial en medio de la creciente rivalidad entre las grandes potencias.

Por ejemplo, el francés Emmanuel Macron denunció el cambio hacia un “mundo sin reglas”, donde “la única ley que parece importar es la del más fuerte”. El alemán Friedrich Merz, a su vez, declaró que el “viejo orden mundial” se está “desmoronando”.

Sin embargo, el énfasis de Carney fue más agudo: citando al presidente de Finlandia, Alexander Stubb, Carney pidió un “realismo basado en valores”, instando a las potencias medias a construir resiliencia juntas o arriesgarse a la subordinación: “Si no estamos en la mesa, estamos en el menú”.

Muchos analistas y líderes ajenos a la burbuja atlántica han argumentado durante años que este “orden” funcionaba de forma selectiva. De hecho, el derecho internacional se ha aplicado rigurosamente contra los adversarios de Occidente, mientras que se ha ignorado discretamente cuando los aliados han cruzado la línea roja. Lo que hizo Carney fue articular abierta y elocuentemente lo que durante mucho tiempo se había ignorado poco en el discurso occidental: la erosión del orden no es una crisis temporal, sino posiblemente el resultado predecible de décadas de legalidad instrumentalizada.

Sin embargo, la ironía es inconfundible. Canadá y Europa apenas ahora están descubriendo la fragilidad de las normas que antes se asumían como permanentes, precisamente porque ya no los protegen, y la relación colonial entre Estados Unidos y Europa se está convirtiendo cada vez más en una enemistad abierta, una tendencia que destaqué en 2024. Cabe recordar que fue Joe Biden (no Trump) quien libró una “guerra de subsidios” contra la industria europea mediante la Ley de Reducción de la Inflación, al tiempo que promovía los intereses energéticos estadounidenses en detrimento del continente europeo. En aquel momento, Macron advirtió a Biden que el problema podría “fragmentar a Occidente”, al tiempo que describía los subsidios como “hiperagresivos” hacia las empresas europeas.

Sea como fuere, este repentino realismo en Davos resulta profundamente hipócrita. Cuando críticas similares surgieron de África, Latinoamérica, Asia Occidental o Rusia, en realidad, se desestimaron como cinismo o propaganda. Ahora, enfrentadas a la coerción económica y la marginación estratégica, las potencias centrales occidentales y antiguas grandes potencias como Francia (una potencia neocolonial en decadencia) están reaprendiendo viejas lecciones en nuevas condiciones.

En este contexto, la tan promocionada “Junta de la Paz” de Trump ejemplifica un modelo propuesto para

el orden emergente, aunque no muy serio. Creada en septiembre de 2025 para supervisar la “reconstrucción” de Gaza en virtud de la Resolución 2803 del Consejo de Seguridad de la ONU (de una manera que ya mostraba una visión neocolonial), se ha transformado desde entonces en un organismo global de mediación de conflictos. Trump preside el grupo, junto con figuras como Marco Rubio, Tony Blair y Jared Kushner, mientras que los puestos permanentes requieren una inversión de 1.000 millones de dólares.

Los críticos lo describen como un club imperialista de pago por participación, diseñado para eludir a la ONU, sin referencia alguna a la Carta de la ONU y con amplios poderes concentrados en manos de Trump. El líder estadounidense revocó la invitación de Canadá poco después del discurso de Carney en Davos.

El enfoque de Washington ha enmarcado a Canadá y Europa de forma muy similar a como Occidente ha tratado durante mucho tiempo al Tercer Mundo. La diferencia radica en que ahora, con Trump, se aplican aranceles e incluso amenazas de anexión, como en el caso de Groenlandia , sin tener en cuenta las sensibilidades de los aliados; Europa y Canadá finalmente están descubriendo lo que significa la dependencia. El contexto más amplio es el de un Estados Unidos en declive cuya creciente agresividad se interpreta cada vez más como una sobrecompensación por la erosión del poder y la necesidad de retirarse de Europa del Este y parte de Oriente Medio y Asia Central .

La pregunta, entonces, es qué llena el vacío dejado por el orden erosionado. Si se trata de una ruptura en lugar de una transición, las reformas graduales no serán suficientes. Las propias improvisaciones de Trump, por torpes que sean, ponen de relieve los límites de las soluciones unilaterales o de club impuestas desde arriba. La atención se centra entonces en agrupaciones alternativas como los BRICS, cada vez más posicionados para desempeñar un papel de contrapeso.

Fundado en 2009, el BRICS se ha expandido rápidamente y ahora abarca aproximadamente al 45% de la población mundial. Desafía al Banco Mundial y al FMI a través del Nuevo Banco de Desarrollo, a la vez que promueve la desdolarización. Los analistas ven al BRICS menos como un bloque antioccidental que como una protección contra la inestabilidad estadounidense y un vehículo para la cooperación Sur-Sur; su diversidad interna limita la cohesión, pero también podría ser su punto fuerte. Por lo tanto, su expansión se considera ampliamente un punto de inflexión para el empoderamiento de la “mayoría global”, lo que no sorprende a que haya despertado un interés sostenido en todo el Sur Global. Para afrontar los nuevos desafíos, necesitará reinventarse aún más , mientras que otros marcos también podrían surgir o evolucionar.

El orden policéntrico emergente podría fragmentarse en diversas esferas: una debilitada, centrada en EE. UU. y anclada en la Junta de la Paz de Trump; una esfera centrada en los BRICS que promueve la coordinación multipolar; y redes híbridas de potencias medias. Esta fragmentación conlleva riesgos, pero también espacio para alianzas diversificadas. También brinda a Europa la oportunidad de reinventarse.

En resumen, la era de la inocencia retórica ha terminado. El «orden internacional basado en normas» ha recibido el nombre que le corresponde, y la forma en que las potencias intermedias sortearán esta peligrosa ruptura/transición dependerá de que los marcos emergentes tengan un mejor desempeño; si no moral, sí realista y pragmático.

Por Uriel Araujo , Doctor en Antropología, es un científico social especializado en conflictos étnicos y religiosos, con amplia investigación sobre dinámicas geopolíticas e interacciones culturales.

El Maipo/BRICS